

Jorge Ramírez Caro

es poeta, narrador y ensayista colombiano (San Jacinto, Bolívar, 1964). Reside en Costa Rica desde 1984. Posee estudios en Teología y en Literatura y Lingüística, con Posgrado en Literatura Española. Profesor en la Universidad Nacional desde 1993 hasta el presente y en la Universidad de Costa Rica de 1998 a 2010. Imparte talleres de lectura y escritura creativas.

Premiado en tres oportunidades en narrativa por el Certamen UNA-Palabra de la Universidad Nacional de Costa Rica: 1992: *La máquina de los recuerdos*; 1997: *Sombras de antes*; 2004: *Deudas de olvido*. También ha sido distinguido: 1999: Premio Editorial Costa Rica en Ensayo con *Las cenizas del sentido*; y 2005: Premio Ateneo de Novela de Valladolid con *Jinete de sombras*.

Además de los libros mencionados, tiene publicados: *Los rituales del poder* (1997); *Guía de razonamiento verbal* (2000); *Cómo diseñar una investigación académica* (2011); *El árbol del bien y del mal*, 2 volúmenes (2014) y numerosos artículos en revistas especializadas nacionales y extranjeras.

«El pozo» forma parte de su cuentario *Se equivoca la muerte* (1998-1999, inédito).



EL POZO

El hombre cayó por el despeñadero hasta el fondo de la muerte. Rodó por sobre piedras y troncos, en cuyas puntas dejó hechas jirones la ropa y la piel. Terminó hecho un saco de sangre negra. Su olor atrajo moscas. Estaba como acuchillado, como si lo hubieran molido a palos esos tipos que no tienen más profesión que matar. No supo cuánto tiempo después sintió lamidos en la cara y volvió medio en sí como vuelven los anestesiados bajo un reflector que no es luz, sino bolas de sombras, masa nebulosa que no es vestigio de nada que se pueda nombrar ni tocar con nada. Quiso incorporarse, pero ay no pudo... El animal le siguió lamiendo la cara y el hombre lo veía como una bestia a través de sus lágrimas. Lloraba como si de repente se acordara de algo que lo hubiera desconectado de



su vida. Miraba hacia arriba y solo veía un gran ojo de luz allá lejos. Era el único movimiento que podía hacer. ¿Por qué estaba allí tendido en el suelo? Tampoco sabía dónde estaba. Hizo un esfuerzo para ver si se incorporaba, pero ay: era como querer levantar un mundo sembrado en la muerte. Lo único que pudo mover fueron sus manos. Buscó apoyo de donde asirse, pero todo estaba desierto. Creyó agarrarse de una piedra. No era una piedra, sino un cráneo. En su otra mano tenía un hueso. Un espanto sacudió lo que le quedaba vivo de su cuerpo ay. Por la mente pasó la bestia que pronto lo haría su presa. Ese temor fue más fuerte que el dolor que lo paralizaba ay. Nadie sabe cómo se incorporó con mil quejidos ay para ver un espanto mayor ay: aquel hueco estaba lleno de huesos y cráneos. Con ojos horrorizados buscó dónde poner sus pasos que no fuera encima de cadáveres. «Dios santo, ¿adónde vine a dar?», se dijo.

Creó que su vista lo engañaba y abrió y cerraba los ojos que cada vez se desorbitaban más de espanto: vio que los huesos se movían y se incorporaban. Miró a la derecha, a la izquierda, se dio la vuelta ay ay... Quiso correr, pero el cuerpo no le respondió... Los muertos le fueron cerrando el paso.

—¿Por qué te horroriza vernos, si somos tu propio espejo? —la voz salió ronca de muchos días de silencio.

El hombre giraba sobre sí mismo para ver a su alrededor y no sentía el hondo ay de su alma. Los cuerpos estaban de pie exponiendo sus miserias: unos mutilados de los pies, otros de las manos, otros con el cráneo perforado, otros impactados en el pecho, otros en la nuca... Todos tenían signos de tortura. La muerte había tirado a no fallar. Todos eran el rostro de lo que se está convirtiendo este país: un cementerio al que desembocan los muertos que despacha el ejército, la guerrilla, los paramilitares, el narcotráfico y la delincuencia común. Todas las familias aportando su cuota para que el sistema funcione como un relojito, se perpetúen en el poder los dueños de la patria y tengan asegurado su festín de sanguijuelas. La carnicería era oficial: todos mataban por mantener el orden y por liberar la patria. ¿Pero quién podrá liberarnos de estos caínes libertadores?

—¿Acaso solo nos ves a nosotros? ¿No ves algo más? —dijeron los muertos.

El hombre abrió los ojos para ver qué más podía ver. Uno de ellos extendió la mano y tomó una salpicadura de sangre con la punta de su dedo.

—Mira... Mira bien a través de esta gota que ya no es agua, que ya no es sangre, sino una gelatina de dolor.

Y cayó la gota y el hombre se asomó con ojos que eran más que ojos. Y lo que miró fue más terrible que lo que había visto. Ya no fue llanto lo que le subió por el cuerpo, sino un estertor, un maligno espanto, inadmisiblemente incluso para los muertos. El hombre los miró con unos ojos encendidos.

—Así fue como caímos. Así fue como vinimos a parar aquí. Esos son los Libertadores de la Patria, sus Salvadores y sus Guardianes... ¿Qué más quieres ver?

El hombre ya no veía a través de la gota, sino a través del llanto. Entendió que aquellos muertos eran hijos de aquellos horrores y empezó a abrazarlos como pidiéndoles perdón por las atrocidades de los vivos, por la impunidad y el silencio en que quedaban esas crueldades... «¿Adónde nos irá a llevar esta guerra? ¿En qué terminaremos convirtiéndonos?», se preguntó mientras abrazaba adultos, jóvenes y niños, hombres y mujeres, con los que el poder había dado escarmiento a los inconformes.

Lo que vio a través de la gota le fogueaba el alma: campesinos decapitados, asesinos jugando fútbol con sus cabezas, niños lanzados al estanque de los cocodrilos, hombres torturados por inmersión en el estanque de las pirañas, prisioneros ajusticiados por la espalda con disparo en la nuca, la quema de una casa donde estaban refugiadas doce mujeres con sus hijos, la muerte de su propio hermano. Motosierra, cacería, carnicería... Su propia muerte planeada como un accidente... La indignación anidando en su pecho, apretando como una constrictor. El hombre se ahogaba.

Quiso palabras para decirle a los muertos tengan tendones, rellénense de carne, cúbranse de piel, tengan aliento de vida y salgan de aquí conmigo para devolverle al mundo lo que estos predadores le han quitado. Pero era el único mortal en aquel infierno. Estaba en una indefensión mayor que aquellos que eran sombras. Apenas sí podía mirar y mantenerse en pie ay. No podía saber quién era, pero recordaba las muertes que los defensores de la Democracia perpetraban en otros países con tal de adueñarse de los recursos energéticos y abrir mercados a sus negocios. No necesitaba tener dos corazones, ni dos vidas para ser tocado por aquella tragedia: los más grandes sometiendo al resto del mundo a puro fuego y miedo. Pudo ver cementerios donde antes había pueblos y reverdecían campos. Palideció como si de pronto lo asustara la muerte, como si de un momento a otro se hubiera olvidado dónde estaba. Su cuerpo entró en un temblor de fiebre y ya no pudo ver más hacia arriba, hacia donde sobrevolaba la luz como una estrella en la profundidad del cielo. Sintió que se ponía rígido, que sus latidos se iban, que cada vez se alejaba más de lo que podía ver. En algún momento tuvo la esperanza de que saldría



de aquel pozo a donde lo habían empujado. Pero una angustia lo atenazaba ahora y no podía siquiera sentir que respiraba. Si en aquel momento hubiera sentido alguna parte de su corazón viva, de seguro habría recordado quién era. Pero estaba destrozado por dentro. La caída, los golpes contra las piedras, le habían desprendido sus órganos y hasta los cables de su memoria se le habían reventado. Era también un pozo vacío de vida y lleno de muerte. Tenía los ojos abiertos, pero ya no veía. Su cuerpo lo abandonaba en el momento en que deseaba recordar... Ya no se estremecía. Ya nada lo conmocionaba. Ya no daba tumbos furiosos de animal que lo espanta la muerte. Ya no se devolvía el eco de sus espantados ojos. Se sentía caer en el vacío. Oyó el golpe de su cuerpo sobre los huesos. Estos saltaron, como si aquella superficie donde reposaban fuera un inmenso pellejo de vaca o de chivo, de esos con que se hacen los timbales, el llamador, la caja y las demás percusiones de la música que tanto había oído y que ahora desocupaba su alma para salir de aquellas sombras... Su desmoronamiento provocó un ruido de espanto. En el momento de su caída, muchos en su pueblo tuvieron un mal presentimiento: a su madre se le cayó un vaso de las manos, en la puerta de la casa de su hermana se reventó un abejón negro y a kilómetros de allí una tía vio con espanto el batir de alas de unos gallinazos que, de pronto, dejaron el árbol donde reposaban, como si una detonación los hubiera sacado de su siesta. Fuera de las fronteras, una esposa y madre tuvo un sueño terrible y lo vio caer en un precipicio. Después se dio vuelta en sus sábanas, horrorizada de que aquello fuera verdad. Entre dormida y despierta se dijo: «Oliverio, ¿por qué no me llamas? Dime que estás bien». Mientras caía, había viajado a muchas partes a despedirse de aquellos que lo esperaban en casa. Quedó tendido bocarriba, mirando hacia un cielo que sus ojos no alcanzaron a tocar. Nunca más sintió el lamido de aquel animal que lo había seguido en la búsqueda. El perro se echó a su lado y tampoco salió de aquel pozo de la muerte. Dicen que hubo un día en que los perros aullaron toda la noche con tan tristes quejas que desde entonces nadie duerme sin pensar en sus seres ausentes. Algunos han oído de madres que han soñado un pozo lleno, no de agua, sino de sangre, donde flotan los cuerpos de sus hijos desaparecidos por sospechosos. Otros han dicho que esa es la imagen del puro infierno. Pero nada de lo que dicen me devuelve a mi hermano...